

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

III

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (3)

MADINAT AL-ZAHRA

PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (3)

MADINAT AL-ZAHRA PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD



JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO
ANTONIO VALLEJO TRIANO
COORDINADORES

J.M. ESCOBAR CAMACHO
A. VALLEJO TRIANO
COORDINADORES



REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2019

2019

**JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO
ANTONIO VALLEJO TRIANO
Coordinadores**

**LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS
MADINAT AL-ZAHRA
PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD**

**REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA**

2019

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS

Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

MADINAT AL-ZAHRA. PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

Coordinadores:

José Manuel Escobar Camacho y Antonio Vallejo Triano

(Colección *T. Ramírez de Arellano III*)

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles
Artes de Córdoba

ISBN: 978-84-121657-1-5

Dep. Legal: CO 2051-2019

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

MADINAT AL-ZAHRA EN LA HISTORIOGRAFÍA LOCAL CORDOBESA

JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO
Académico numerario

INTRODUCCIÓN

Madinat al-Zahra constituye un capítulo esencial de la historia de Qurtuba, considerada esta como el símbolo de una edad de oro de nuestra ciudad. Si durante la época califal Córdoba alcanza un notable apogeo, dentro de ella brilla con luz propia los años en los que dicha ciudad fue el centro del mismo. Sus vestigios, junto a la Mezquita Aljama cordobesa, son un claro testimonio de ese glorioso legado islámico.

Hace casi un siglo, concretamente en 1923, el arabista y académico don Rafael Castejón señalaba en uno de sus artículos que “el espléndido sueño de Medina Az-Zahra, inmenso, febril y breve como un delirio de calentura, tuvo la fugacidad de una flor”¹. Y fue precisamente la fugacidad de ese sueño la que la hizo inmortal en el recuerdo colectivo, si bien a lo largo de los siglos su nombre sería olvidado, e incluso los restos de la propia ciudad palatina fueron confundidos con los orígenes de la urbe de Córdoba a partir de la conquista de la misma por los cristianos en 1236.

El mismo autor antes aludido indicaba más adelante que será “obra casi de nuestro siglo” el descubrimiento de dichos vestigios². Efectivamente, tendremos que esperar a la segunda mitad del siglo XIX para que

¹ CASTEJÓN Y MARTÍNEZ DE ARIZALA, Rafael, “Las ruinas de Medina Az-Zahra”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 6, 1923, pág. 105.

² *Ibíd.*, pág. 106.

se identifique correctamente esas ruinas con Madinat Al-Zaha, así como a los primeros años de la centuria siguiente para que las primeras excavaciones arqueológicas confirmen dicha aseveración.

Son precisamente estos límites cronológicos los que marcarán el desarrollo de este trabajo, presentado en las Jornadas sobre “Madinat al-Zahra, Patrimonio Mundial”, que fueron organizadas por la Real Academia de Córdoba en el mes de junio de 2018, días antes de la concesión de dicha distinción por la UNESCO. A través del mismo intentaremos conocer el tratamiento que ha tenido la antigua ciudad creada por Abd al-Rahmán III en la historiografía local cordobesa.

Para ello hemos dividido el trabajo en tres apartados. El primero, dedicado a la pérdida del nombre de la ciudad en la memoria colectiva de los habitantes de Córdoba, comienza -a modo de introducción- con el nacimiento de Madinat al-Zahra para centrarse a continuación en su destrucción y pérdida progresiva de su recuerdo, que desembocara en la llegada de los cristianos y el olvido total de su nombre al nacer un nuevo topónimo -Córdoba la Vieja- para la identificación de los restos allí conservados. En el segundo -y más amplio-, centrado en la historiografía local cordobesa, hacemos un recorrido por la misma -desde el Renacimiento hasta el siglo XIX- para conocer cómo se interpretan las ruinas de la antigua ciudad califal conocidas con el nuevo topónimo. Y por último, el tercer bloque, está dedicado a la historiografía que a partir de la centuria decimonónica vuelve a identificar dichas ruinas con la ciudad de Madinat al-Zahra. La bibliografía y el aparato documental, que han servido para el desarrollo de este trabajo, se encuentran recogidos en las respectivas notas de cada apartado.

LA PÉRDIDA DEL NOMBRE DE MADINAT AL-ZAHRA EN LA MEMORIA HISTÓRICA COLECTIVA

Si entre el nacimiento y el ocaso de Madinat al-Zahra, que comienza con su destrucción, transcurre un corto período de tiempo, su nombre perdurará durante las centurias siguientes de presencia musulmana en tierras cordobesas. Sin embargo, a medida que nos alejamos en el tiempo, su recuerdo se irá perdiendo progresivamente hasta que con la conquista de la ciudad por los cristianos en 1236 se olvide incluso su propio nombre, que será sustituido por uno nuevo con el que a partir de ese momento

se conocerán las ruinas de la antigua ciudad palatina de Abd al-Rahmán III.

Nacimiento de Madinat al-Zahra

Si la construcción de Madinat al-Zahra está relacionada con el nuevo orden político que surge en al-Ándalus en las primeras décadas del siglo X, su destrucción tuvo lugar cuando precisamente aquel desaparece. La adopción en el año 929 del título califal por Abd al-Rahman al-Nasir o Abd al-Rahmán III (891-961) significaba la proclamación de la independencia, no solo del califato abbasí de Bagdad, sino también de sus vecinos norteafricanos fatimíes, que habían logrado someter un extenso territorio bajo la dignidad califal autoproclamada de Ubayd Allah al-Mahdi en el año 909 y amenazaban los intereses del estado omeya cordobés³.

Para contrarrestar todo ello Abd al-Rahmán III puso en práctica todos sus recursos políticos, económicos e ideológicos, encontrándose entre ellos la fundación de una ciudad próxima a Córdoba⁴, y no una mera residencia palaciega, continuando con una práctica del mundo islámico oriental que vinculaba la dignidad califal con la creación de grandes núcleos urbanos muy próximos a las antiguas ciudades. Por estas causas, aunque sus consecuencias fuesen dilatadas en el tiempo, surgirá la nueva y espléndida ciudad califal o ciudad brillante de Madinat al-Zahra en el

³Esta estrategia de confrontación habría que entenderla dentro del contexto de lucha por el dominio del norte de África que se venía desarrollando desde tiempos de Abd al-Rahmán II.

⁴ Para Acién, la creación de Madinat al-Zahra, al igual que la del propio califato cordobés, obedecería a una contraofensiva de Abd al-Rahmán III a la anterior proclamación en el 909 del califato en Ifriqiya (actual Túnez) por el ya mencionado Ubayd Allah al-Mahdi y a la fundación por este de una nueva capital a la que dio su nombre: al-Mahdiya, que se fundaría en 915 y cuyas obras finalizarían en 921 (ACIÉN ALMANSA, Manuel, "Madinat al Zahara en el urbanismo musulmán", *Cuadernos de Madinat al-Zahra*, vol. I, Córdoba, 1987, pág. 16). Su importancia ha hecho que toda la historiografía islámica, posterior a los hechos dividiese la época de Abd al-Rahmán III en dos etapas: la primera dedicada a guerrear y la segunda a la construcción, coincidiendo esta última con la fundación de Madinat al-Zahra en el año 936. Sin embargo, para Ibn Hayyan, historiador contemporáneo de los hechos, sería tras su fracaso en la campaña de Simancas, acaecida en el año 939, cuando se dedicaría a la construcción para distraerse de sus preocupaciones militares (IBN HAYYAN, *Muqtabis V* (años 912-942). Traducción de M^a Jesús Viguera Molins, Zaragoza, 1981, pág. 328).

segundo cuarto del siglo X, al margen de leyendas y otro tipo de opiniones no constatadas científicamente⁵.

La nueva urbe se ubicó a varios kilómetros al noroeste de la ciudad de Córdoba, al pie de las últimas estribaciones de Sierra Morena, dominando una amplia zona de terreno fértil. Aunque los inicios de su construcción se sitúan tradicionalmente en el año 936, el auténtico esfuerzo constructivo se realizaría unos años más tarde, a partir de 1940, con la inversión de una gran cantidad de dinero. Las obras, como señala Vallejo Triano, ocuparon todo el reinado de Abd al-Rahmán III (936-961) y el de su hijo y sucesor en el califato al-Hakam II (961-976). La nueva ciudad, de forma rectangular y con unas dimensiones aproximadas de algo más de mil quinientos metros en sentido este-oeste y de casi setecientos cincuenta en sentido norte sur, lo que le confería una superficie intramuros de algo más de cien hectáreas, estaba distribuida en tres terrazas, comenzando a ser ocupada a partir del año 945, con motivo del traslado de la corte desde Córdoba⁶.

Al principio del siglo XX Velázquez Bosco, al referirse a la situación y disposición de la ciudad califal, nos remite a los datos ofrecidos por dos autores árabes: Ahmed ben Abdelwahab ben Mohamad ben Abdeddaim, conocido por Annowairi, y Abū Abd Allah Muhammad al-Idrisi. El primero, fallecido en el año 733 de la hégira (siglo XIV), nos indica sobre lo siguiente:

“...se halla á tres millas de Córdoba, en la ladera de la montaña (...) estaba dividida en tres partes: la próxima á la montaña, habitada por el Califa, que tenía en ella sus palacios, jardines, etc.; en otra residía la servidumbre y los eunucos del Califa y una guardia compuesta de 12.000 hombres, espléndidamente vestidos, y la tercera la formaban los jardines y sitios de esparcimiento y de recreo”⁷.

⁵ Vid. sobre esta ciudad califal los estudios de VALLEJO TRIANO, Antonio, *Madinat al-Zahra, guía oficial del conjunto arqueológico*, Sevilla, 2004 y *La ciudad califal de Madinat al-Zahra. Arqueología de su excavación*, Córdoba, 2010, entre otros.

⁶ Sobre su planificación, construcción y organización vid. igualmente VALLEJO TRIANO, Antonio, “Madinat al-Zahra: realidad histórica y presente patrimonial”, *AWRAQ, revista de análisis y pensamiento sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, 7, 2013, pp. 121-142.

⁷ VELÁZQUEZ BOSCO, Ricardo, *Medina Azzahra y Alamiriya*, Madrid, 1912, pág. 41.



Estructura en terrazas de Madinat al-Zahra.
Fuente: Conjunto Arqueológico Madinat al-Zahra

Sin embargo, para Velázquez Bosco será el segundo autor árabe, al-Idrisi, viajero y geógrafo de mediados del siglo XII, quien nos da una idea más clara de la ciudad califal al describírnosla cuando aún no estaba totalmente destruida con las siguientes palabras:

“Zahra subsiste todavía con sus murallas y los vestigios de sus palacios, y está habitada por un pequeño número de individuos y sus familias. Era una ciudad considerable, edificada en pisos, ciudad sobre ciudad; de modo que la superficie de la ciudad superior era paralela á los techos de la de en medio, y la superficie de ésta a los techos de la inferior. Todas tres estaban rodeadas de muros. En la parte superior existían palacios de tan gran belleza, que es imposible describirlos. En la parte media había jardines y verjeles, y en la baja las casas y la gran mezquita”⁸.

⁸ Ibídem.

Por lo que respecta a su extensión, el autor antes mencionado recurre a Ambrosio de Morales, quien -a su juicio- aún pudo ver en el siglo XVI el trazado de la planta de la antigua ciudad califal. Este dice lo siguiente:

“...el palacio, sus dependencias y la ciudad ocupaba una superficie rectangular, cuyo lado mayor era doble del menor. El primero, ó sea su largo, que iba de E. á O. tenía, 4.800 pies -1.334,40 metros- y el segundo, ó ancho 2.400 -667,40 metros- de N. a S”. En cuanto a su recinto, este estaba “cercado por fuerte muralla guardada por contra-fuerzas, y tenía cuatro grandes torreones en los ángulos”. Dentro del mismo “una ancha calle, pavimentada con gruesas losas de piedra, corría por el lado de Mediodía y daba á la mezquita, construida en una gran plaza ó meseta situada en la parte central del recinto y elevada sobre la llanura; fuera del recinto fortificado se extendían el resto de la ciudad y sus arrabales”⁹.

Esta descripción, que para Velázquez Bosco, estaba de acuerdo con la que hicieron al-Idrisi y Pedro Díaz de Rivas, que aún en la primera mitad del siglo XVII pudo ver parte de los restos de la ciudad califal, así como con lo descubierto en sus excavaciones, nos sirve para comprender la importancia y grandeza que tuvo Madinat al-Zahra en el contexto de la Córdoba califal, como posteriores excavaciones han venido demostrando. Dicha ciudad, como veremos a continuación, tan solo tuvo un breve e intenso período de esplendor -unos treinta cinco años, aproximadamente, que correspondieron a los reinados de Abd al-Rahmán III y al-Hakam II-, época en la que se convertiría en un fastuoso escenario para la recepción de embajadas extranjeras.

Con posterioridad, Madinat al-Zahra languidecería lentamente durante algo más de tres décadas hasta el comienzo de su destrucción. Transcurridos poco menos de cien años, todo este conjunto monumental y fastuoso quedaría reducido a un inmenso campo de ruinas, cayendo progresivamente en el olvido hasta que desapareció de la memoria colectiva.

Dicho esplendor, importante pero efímero, ha dado lugar a una abundante cantidad de noticias literarias e históricas relacionadas con la ciu-

⁹ Ibíd., pp. 41-42.

dad, de las cuales solamente un reducido número de textos han sido redactados por autores contemporáneos a los hechos que narran. Por ello, en las noticias sobre la ciudad de Madinat al-Zahra se mezclan datos históricos reales, leyendas y todo tipo de fabulaciones ocurridos en otros lugares o fuera de su contexto histórico, dada la escasa vida de la que gozó.



La corte de Abderramán, cuadro del pintor catalán Dionisio Baixeras Verdaguer (1862-1943), que se encuentra en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona. En el recrea una recepción de embajadores de Bizancio en Madinat al-Zahra, con los recursos y convencionalismos propios de la pintura orientalista de la época

El ocaso de Madinat al-Zahra: su destrucción y la pérdida progresiva de su recuerdo

A la muerte de al-Hakam II comenzó el inicio de la decadencia de Madinat al-Zahra, donde no se construiría ya edificio alguno. Aunque el nuevo califa Hisam II siguió viviendo en la ciudad, a partir de su nombramiento en el año 976, su autoridad fue solo nominal ya que el poder político y militar se concentró en manos de su primer ministro Almanzor, que fundó unos años después una nueva urbe al este de Córdoba llamada Madinat al-Zahira, a donde trasladó la corte y administración desde aque-

lla en el año 981. A partir de este momento, al quedar apartada del centro de actividad política y ceremonial, la ciudad quedó fosilizada, entrando en un estado de languidez del que ya no se recuperaría.

Así permanecería durante los años en que estuvo Almanzor, que murió en 1002, y sus hijos al frente del califato. Madinat al-Zahra volverá a adquirir protagonismo unos años más tarde con motivo de las luchas internas que llevaron a una guerra civil conocida como la fitna, con la que se iniciará su saqueo y su destrucción¹⁰.

La fitna comenzó en 1009 con un golpe de estado que supuso el asesinato en marzo de Abd al-Rahmán ibn Sanchul, conocido en las crónicas cristianas como Sanchuelo, que como hijo de Almanzor venía ejerciendo el poder real sobre el califato; la deposición de Hisham II y el ascenso al poder de Muhammad ibn Hisham ibn Abd al-Yabbar (Muhammad II al-Mahdi), bisnieto de Abderramán III y cuarto califa omeya del califato de Córdoba. Su primera etapa como califa duró tan solo unos meses, pues en noviembre -debido a su enfrentamiento con la etnia bereber- perdió el trono a manos de su primo segundo Sulaimán al-Mustaín, quien con el apoyo de los bereberes y del conde castellano Sancho García lo derrotó en la batalla de Alcolea. Huyó a Toledo, donde pudo organizar un poderoso ejército, que al mando del general al-Wahid y con el apoyo de soldados catalanes del conde Ramón Borrel, le permitió derrotar a Sulaimán en mayo de 1010 y recuperar el trono.

Pero esta recuperación tuvo un carácter efímero, ya que en julio del mismo año sería depuesto y, tras morir asesinado, fue restablecido el antiguo califa Hisham II, al que el mismo había obligado a abdicar y que permanecía encarcelado desde entonces. Ello fue posible gracias a las tropas mercenarias eslavas, comandadas por al-Wahdid, que pasó a ser el hombre fuerte del régimen, si bien no supo ganarse el control de las tropas bereberes, que finalmente volvieron a imponer a Sulaimán al-Mustain como nuevo califa tras tomar y saquear Córdoba en abril de 1013 y asesinar a Hisham II.

Fue precisamente durante este período, comprendido entre los años 1010 y 1013, cuando la ciudad de Madinat al-Zahra sería utilizada como

¹⁰ Vid. sobre este período el libro de ARJONA CASTRO, Antonio, *La quiebra de al-Andalus, historia de Córdoba durante la fitna (guerra civil) del siglo XI*, Córdoba, 2013.

cuartel general de operaciones contra Córdoba por parte de los distintos contendientes, sobre todo de los bereberes acaudillados por Sulaimán, que incluso llegó a poner en marcha las instalaciones de la ceca. Antes de abandonarla para apoderarse de Córdoba, que había capitulado, la saquearon y la incendiaron, comenzando a partir de este momento el sistemático expolio de la antigua ciudad califal, que prosiguió durante el periodo del reinado de los Banu Yahwar en el siglo XI, siendo sus materiales vendidos a las principales cortes de los reinos de taifas para ser reutilizados en los monumentos que estaban construyendo.

Las dominaciones almorávides (1091-1148) y, sobre todo, la almohade (1148-1236) intensificaron el despojo de las ruinas y la dispersión de sus materiales, que se reutilizan en los monumentos incluso del norte de África, quedando tan solo los restos de la ciudad como evocación nostálgica de un pasado glorioso, ya irrecuperable. Dicha destrucción afectó igualmente a todas las infraestructuras que alrededor de ella se concentraban: puentes, acueductos, caminos, etc., resultando impactante ese proceso de destrucción para sus contemporáneos. A pesar de tanta destrucción, todavía en la primera mitad del siglo XII era posible reconocer la estructura de la ciudad, en cuyas ruinas seguían viviendo unas pocas familias, tal como refleja la descripción del geógrafo al-Idrisi, a la que hemos hecho referencia anteriormente.

La coincidencia de estos años agitados con la aparición de los máximos representantes de la poesía andalusí hizo que el ocaso y ruina de Madinat al-Zahra fuese vista por ellos como un símbolo de la decadencia de una civilización, reflejándolo de distinta forma en sus composiciones poéticas.

Un ejemplo de ello lo tenemos en Ahmad ibn Abd Allah ibn Zaydun (1003-1071), que destacó por la renovación de la lírica amorosa árabe y por sus apasionados y tormentosos amores con la princesa y también poeta Wallada, el cual interpreta el dolor que siente al ver los restos de la ciudad califal y se acuerda de su amada, comparando Madinat al-Zahra con el jardín del Edén:

“Desde al-Zahara con ansia te recuerdo.

¡Qué claro el horizonte!

¡Qué serena nos ofrece

la tierra su semblante!

La brisa con el alba se desmaya:
parece que, apiadada de mis cuitas
y llena de ternura, languidece.
Los arriates floridos nos sonríen
con el agua de plata, que semeja
desprendido collar de garganta...”¹¹

También el poeta satírico y antibereber del siglo XI al-Sumaysir, nacido en Elvira (Granada), se acuerda de Madinat al-Zahra en una de sus composiciones, si bien con un sentido melancólico:

“Me detuve en al-Zahara, lloroso y meditabundo,
Para clamar entre las deshechas ruinas.
¡Oh Zahra- dije- vuelve a ser!
Pero me contestó: “¿Y acaso vuelven los difuntos?”
En verdad, los vestigios de los desaparecidos
Son como plañideras que lloran a los muertos”¹²

Los propios dignatarios de la corte de al-Muttamid en su visita a Madinat al-Zahra lamentan igualmente su devastación en la descripción que hacen de ella, según recoge Qala'id Ibn Jaqan a fines del siglo XI. Aunque entre las ruinas siguieron viviendo algunas familias hasta mediados del siglo XII, como hemos dicho anteriormente, lo cierto es que el recuerdo de la ciudad con la llegada de los almohades se fue perdiendo e incluso la antigua ciudad palatina de los omeyas se llegó a confundir, tanto en lo que respecta a sus noticias y emplazamiento con Madinat al-Zahira, fundada por Almanzor, como ocurre en algunos textos árabes del siglo XIV de al-Himyari¹³.

¹¹ GARCÍA GÓMEZ, Emilio, *Poemas arabigoandaluces*, Madrid, 1982 (7ª edición), pp. 104-105.

¹² PÉREZ, Henry, *Esplendor de al-Ándalus. La poesía andaluza en árabe clásico en el siglo XI. Sus aspectos generales, sus principales temas y su valor documental*. Traducción de Mercedes García Arenal, Madrid, 1983, pág. 132.

¹³ Cfr. VALLEJO TRIANO, Antonio, *Madinat al-Zahra, guía oficial...*, Sevilla, 2004.

La llegada de los cristianos y el olvido de su nombre. Nace un nuevo topónimo: Córdoba la Vieja

La conquista cristiana de Córdoba por las tropas castellanoleonesas del monarca Fernando III en 1236 supuso el olvido total de su nombre, máxime si tenemos en cuenta que la ciudad fue conquistada tras una larga resistencia, que concluyó con la firma de una capitulación, en la que se señalaba un plazo para la evacuación de todos los cordobeses. La ciudad, por tanto, se verá abandonada en su totalidad por sus antiguos habitantes, que se llevarían consigo el escaso recuerdo que quedara en su memoria colectiva de la ciudad califal.

Los nuevos habitantes contemplarán tan solo un enorme vestigio de ruinas, al que le darán el nombre de Córdoba la Vieja para distinguirla de la ciudad cordobesa recién conquistada. Llegaron a creer, de esta forma, que dichas ruinas pertenecían a la primitiva ciudad romana, fundada por Claudio Marcelo, la cual en un momento dado fue abandonada para trasladarse a la orilla del Guadalquivir, a su ubicación actual.



Ruinas de Madinat al-Zahra, a las que los nuevos habitantes de la Córdoba recién conquistada por Fernando III le llamarán Córdoba la Vieja

Así aparece por primera vez en el *Libro de diezmos de los donadíos* otorgado por Fernando III, en que se relacionan algunos repartimientos de tierras de Córdoba y Castro del Río. En el apartado cinco señala que “Córdoua la Vieja retouo el rey para sy todo lo que es de la cerca adentro”¹⁴.

¹⁴ Biblioteca Catedral de Córdoba -en adelante B.C.C.-, ms. 125, ff. 147r-155v. Copia de h. 1318 (Vid. NIETO CUMPLIDO, Manuel, *Corpus Mediaevale Cordubense*, I, Córdoba, 1979, pág. 123, n. 227).

Ello nos indica que después de varios siglos de la destrucción todavía serían perceptibles algunos restos de torreones y de la muralla que rodeaba la antigua ciudad de Madinat al-Zahra, la cual pasaría -junto a las tierras que le rodeaban- a pertenecer a los bienes reales. Durante los siguientes años después de la conquista el monarca donaría también diversas cantidades de tierra, dedicadas generalmente a viñedo, próximas al camino que iba hacia Córdoba la Vieja¹⁵.

A partir de la llegada de los cristianos las ruinas de Madinat al-Zahra serán explotadas como cantera para la construcción de los nuevos edificios cordobeses, con los que aquellos pretendían adaptar la ciudad a sus necesidades. Baste en este sentido recordar que en las llamadas “Ordenanzas de los alarifes”, recopiladas y/o reelaboradas por el cantero y albañil, maestro mayor y alarife de la ciudad Pedro López II, y promulgadas el 1 de febrero de 1503, se indica en el capítulo ciento catorce lo siguiente:

“... todas las canterías e canteras que se hallaren e estuuieren cerca desta cibdad y en su término o donde quiera que estuuire así en realengo como en señorío, como en heredad de qualquiera vezino, o donde Dios las crió e se hallaren todas, son francas, e libres a los pueblos para los edificios y ennoblecimiento de los pueblos para su menester”¹⁶.

Ello daba pie para que se pudiesen utilizar los sillares de la antigua urbe califal en la construcción de innumerables casas de nobles, iglesias y

¹⁵ Son varios los documentos que hacen referencia a ello en el siglo XIII. Así, en 1241, Fernando III da a Alfonso Téllez treinta aranzadas de viñas cerca de Córdoba la Vieja (B.C.C., ms. 125, f. 7rv. Copia de h. 1318. *Ibíd.*, pág. 122-123, n. 226). Sabemos también que al arcediano don Iváñez se le dota con una tierra en el Aguijón de Domingo Ruiz, de diez aranzadas, en el camino de Córdoba la Vieja (Archivo de la Catedral de Córdoba -en adelante A.C.C.-, Libro Verde I, ff. 51r-52r (*Ibíd.*, II, Córdoba, 1980, pág. 157, n. 726). Y, por último, el 9 de mayo de 1276 un vecino de la collación de Santo Domingo, el escribano don Vicent, vende al arcediano de Pedroche en la iglesia de Córdoba, don Pedro Yuste, un pedazo de viña más acá de las viñas de donTello, en la carrera de Córdoba la Vieja (A.C.C., caj. T, n.393. *Ibíd.*, pág. 257, n. 939).

¹⁶ PADILLA GONZÁLEZ, Jesús, *El alarife Pedro López y las ordenanzas del alarifazgo de Córdoba (XV-XVI)*, Córdoba, 2009, pág. 358.

hospitales de Córdoba, como así ocurrió a lo largo de las centurias bajo-medievales y modernas.

La antigua Madinat al-Zahra será conocida, pues, durante toda la Baja Edad Media bajo la denominación de “ruinas del castillo de Córdoba la Vieja”, conociéndose sus tierras con el nombre de la dehesa de Córdoba la Vieja. Desde la conquista de Córdoba, como hemos indicado anteriormente, pasó a ser propiedad real, permaneciendo como un espacio acotado para pasto de las yeguas reales. Sus tierras, por tanto, no se vieron alteradas por la labor agrícola del arado. Sin embargo, ello no impidió -como hemos señalado anteriormente- que en esta época de readaptación cristiana de la ciudad de Córdoba, con la construcción de numerosos edificios (iglesias, conventos, fortificaciones, palacios, etc.), se acudiese a las ruinas de Madinat al-Zahra como cantera para solucionar la intensa demanda de piedra.

A mediados del siglo XIV, en contra de lo que se ha venido señalando tradicionalmente, pertenecía todavía a la monarquía, pues en junio de 1350 el monarca Pedro I prohíbe el uso de dicha dehesa, que la tenía en usufructo el monasterio de San Hipólito por concesión de su padre Alfonso XI, a todos aquellos animales que no sirviesen para el servicio de los carros que trasladaban las piedras desde dicha dehesa para la construcción del citado monasterio¹⁷.

Antes del verano de 1375 Gonzalo Fernández de Córdoba, I señor de Aguilar compra una heredad en las afueras de Córdoba, en el lugar que denominaban “Córdoba la Vieja”. El 26 de agosto de dicho año el y su esposa doña María García Carrillo la donan al prior y canónigos de San Hipólito¹⁸, posiblemente para la concesión del patronazgo de la capilla mayor de la iglesia para sus enterramientos y el de sus sucesores¹⁹.

En las proximidades de Córdoba la Vieja se hallaba también la huerta o heredad donde se construiría a principios del siglo XV el monaste-

¹⁷ Cfr. VÁZQUEZ LESMES, Juan Rafael, “Monasterio y colegiata de San Hipólito de Córdoba (1343-1399)”, *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval*, II, Córdoba, 1978, pág. 152.

¹⁸ Cfr. QUINTANILLA RASO, María Concepción, *Noblezas y señoríos en el reino de Córdoba. La casa de Aguilar (siglos XIV y XV)*, Córdoba, 1979, pp. 65-66.

¹⁹ Vid. al respecto VÁZQUEZ LESMES, Juan Rafael, *op. cit.*, pág. 157.

rio de San Jerónimo de Valparaíso, con motivo de la llegada a tierras cordobesas de fray Vasco de Sousa, ermitaño de origen portugués, con la finalidad de fundar un monasterio de la recién creada orden de San Jerónimo. Tras solicitar permiso para ello a las autoridades religiosas cordobesas, el prelado le puso en contacto con una noble cordobesa llamada Inés Martínez, quien le ofreció el lugar para construir el edificio: una heredad de su propiedad, al pie de la sierra, en un paraje cercano a la dehesa real de Córdoba la Vieja, a unos 5 kilómetros de la ciudad.

El 10 de mayo de 1405 doña Inés Martínez de Pontevedra, mujer de Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles, y su hijo Martín Fernández de Córdoba, donan dicha heredad a los monjes jerónimos, representados por fray Lorenzo como procurador, dando un plazo de diez meses para que fray Vasco de Sousa se personara en Córdoba para el inicio de las obras. Consciente doña Inés que, según las normas canónicas, no se podía fundar un monasterio sin una dote que sirviera para su mantenimiento, ella y su hijo, don Martín, otorgaron a la comunidad unas casas, sus huertas, olivares y viñas para que con su explotación pudieran mantenerse los monjes. Igualmente el obispo de la ciudad, don Fernando González Deza, tampoco quiso dejar desabastecido el recién creado monasterio por lo que les hizo una importante donación de pan al año o su equivalente económico en caso de venta²⁰. Dichas tierras, según se indica en la carta de donación, tenían por linderos “de la una parte el exido de los adarues de Cordoua la vieja y de la otra los montes del rrey”²¹.

²⁰ Vid. sobre dicho monasterio, entre otros, los estudios de GRACIA BOIX, Rafael, *El Real Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso en Córdoba*, Córdoba, 1973; la tesis inédita de LORA SERRANO, Gloria, *El Real Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba, estando una parte de la misma publicada en “El dominio del monasterio de San Jerónimo de Valparaíso (Córdoba)”, *España Medieval, II: Estudios en memoria del profesor D. Salvador de Mossó*, Madrid, 1982, pp. 667-690; NIETO CUMPLIDO, Manuel, *San Jerónimo de Valparaíso*, Córdoba, 2012, y GÓMEZ NAVARRO, Soledad, *Mirando al cielo sin dejar el suelo: los Jerónimos cordobeses de Valparaíso en el Antiguo Régimen: estudio preliminar y edición crítica del libro “Protocolo de la Comunidad*, Madrid, 2014.

²¹ Archivo Histórico Nacional, Códice 233-B, ff. 8rv y 9r. (GRACIA BOIX, Rafael, *op. cit.*, pág. 125).



Monasterio de San Jerónimo, ubicado en las proximidades de Córdoba la Vieja

Posteriormente, a mediados del siglo XV, la heredad en Córdoba la Vieja, que había donado el señor de Aguilar a San Hipólito, pasaría a manos de los monjes jerónimos por un cambio de propiedades que hicieron con los canónigos de la misma el 19 de julio de 1458, al cambiar ocho pares de casas dentro de la ciudad de Córdoba por la mencionada propiedad, cambio que tuvo que ser autorizado unos años después (6 de julio de 1463) por don Alonso de Aguilar, con el consentimiento de su madre doña Elvira de Herrera, al ser su tutora por ser este menor de edad. Dos años antes, el 30 de julio de 1456, el convento de San Jerónimo había comprado un haza de tierra calma en Córdoba la Vieja por dos mil mrs. al cabildo catedralicio, que lindaba con tierras de San Hipólito. A partir de mediados del siglo XV, por tanto, una importante cantidad de tierras próximas a Córdoba la Vieja, que constituían parte de la mencionada dehesa, serán propiedad en su totalidad del monasterio de San Jerónimo²².

²² El patrimonio original del monasterio de los Jerónimos culmina prácticamente en la primera mitad del siglo XV (Cfr. NIETO CUMPLIDO, Manuel, *San Jerónimo...*, pp. 104-107).

La propiedad de estas tierras, que formaban parte de la dehesa de Córdoba la Vieja, y que se conocerían como la Dehesilla, sería problemática por sus linderos y por la presencia del ganado de los jerónimos en la dehesa que el concejo de la ciudad entendía como propia. Ello daría lugar a un pleito entre ambas instituciones que perduraría hasta el siglo XVI. Al final del mismo los Reyes Católicos le conceden a los jerónimos en 1493 que puedan llevar sus ganados a la dehesa que tenían en Córdoba la Vieja, declarándose posteriormente a mediados del XVI que las tierras del monasterio en Córdoba la Vieja no eran baldías²³.



La dehesa de Córdoba la Vieja tuvo desde la llegada de los cristianos una funcionalidad ganadera esencialmente, al ser un espacio acotado para las yeguas reales

La dehesa de Córdoba la Vieja, que tenía una superficie de 749,5 fanegas, sería acotada como terreno baldío para los potros del rey Felipe II en 1567 con motivo de la creación de las caballerizas reales, donde se utilizaría también material de la antigua ciudad califal. Será precisamente a partir de ese año cuando el monarca -al tratarse del sustento del propio monasterio- le permita a la comunidad de los jerónimos que llevase a pastar a dicha dehesa una importante cantidad de cabezas de ganado menor, así como el uso de otros aprovechamientos, señalándosele el sitio exacto para que no perjudicara a las yeguas y potros. Los monjes fueron consiguiendo más ventajas sobre la dehesa en detrimento del rey, a través de sucesivas peticiones y concesiones reales en 1570 y 1583, pero cuando

²³ Cfr. GÓMEZ NAVARRO, Soledad, *op. cit.*, pp. 69-70.

pretendieron introducir más ganados para comerciar con él, el rey se lo denegó. A principios de la centuria siguiente se conoce ya que unos años antes los monjes jerónimos habían aceptado una permuta de un pedazo de tierra que lindaba con las tierras de Córdoba la Vieja, propiedad real, por ser muy buenas para la cría y conservación de potros por otras tierras -también reales- en el monte, no aptas para la cría de potros. Dicha permuta fue ratificada por Felipe IV en 1650²⁴.

EL TÉRMINO CÓRDOBA LA VIEJA EN LA HISTORIOGRAFÍA LOCAL CORDOBESA A PARTIR DEL RENACIMIENTO

El nuevo término dado por los cristianos a las ruinas de ciudad palatina de Madinat al-Zahra aparecerá recogido también en la historiografía cordobesa a partir del Renacimiento. Los distintos autores que hacen referencia a las mismas -como veremos a continuación- ofrecerán su particular interpretación de ellas asociándolas al pasado de la ciudad de Córdoba.

Siglos XVI: Ambrosio de Morales

La nueva cultura del Renacimiento trajo consigo el fomento del gusto por la antigüedad y el interés por las excavaciones arqueológicas, lo que desembocará -a modo de herencia de las antiguas crónicas medievales- en la compilación de textos de carácter histórico. Dentro de esta corriente sobresale el monje humanista, historiador y arqueólogo del siglo XVI, Ambrosio de Morales (1513-1591), nacido y fallecido en Córdoba, que fue miembro de la comunidad de San Jerónimo durante unos años a mediados de esta centuria y el primero en darse cuenta de la importancia de los restos de Córdoba la Vieja.

Ambrosio de Morales fue hijo de Antonio de Morales, médico y catedrático de la Universidad de Alcalá de Henares. Estudió en la Universidad de Salamanca junto a su tío, el también famoso humanista Fernán Pérez de Oliva. A la muerte de este, en 1531, regresó a Córdoba, pasando dos años después a formar parte de la orden de los jerónimos en el monasterio de Valparaíso de Córdoba. Fue ordenado sacerdote, enseñando

²⁴ *Ibíd.*, pp. 70-71.

retorica como catedrático en la Universidad de Alcalá de Henares desde 1550. A finales de esta década Felipe II le hace los primeros encargos, siendo nombrado cronista de Castilla en 1563.

A partir de su nombramiento comienza a estudiar las fuentes para completar mejor su trabajo, incorporando en sus investigaciones los testimonios no escritos. En 1572, el monarca le pide que haga un viaje por León, Galicia y Asturias para el estudio de documentos, libros, objetos, reliquias, etc., que salvaría para las colecciones reales, persuadiendo al rey para que se realizaran descripciones sobre la historia y topografía de los pueblos de España. Todo ello basado en las respuestas de unos cuestionarios que el mismo diseñó, en los que se recogían datos toponímicos, arqueológicos, históricos y eclesiásticos. Tres años después, en 1575, escribió *Las antigüedades de las ciudades de España*, como continuación de la *Coronica General de España* de Florián de Ocampo, siendo el hilo conductor la historia arqueológica de los lugares mencionados, observándose en ella un cierto rigor histórico. En 1582 regresa a Córdoba por cuestiones de salud donde reside hasta su muerte el 21 de septiembre de 1591.

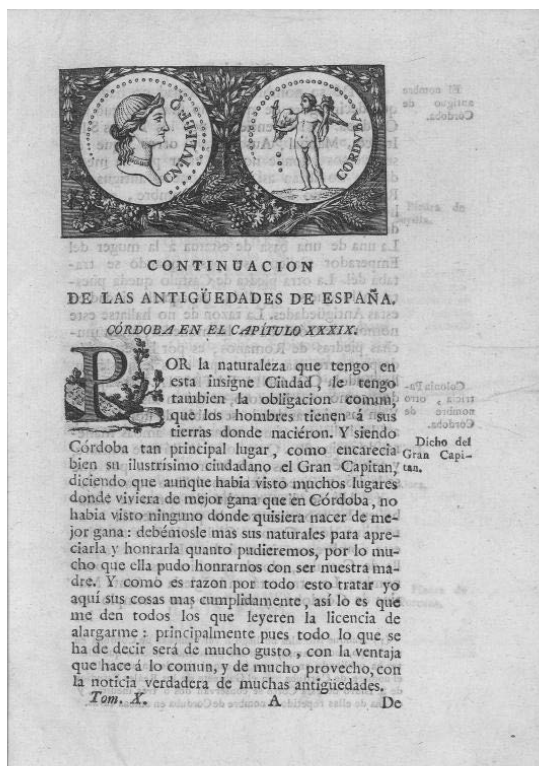


Ambrosio de Morales (1513-1591).
Grabado de los años 50 del siglo
XIX



Las antigüedades de las ciudades de España, de Ambrosio de Morales, cronista de Felipe II (tomo X)

Es precisamente en su obra *Las antigüedades de las ciudades de España*, concretamente en el tomo X, en la que en el capítulo dedicado a nuestra ciudad se comienza a vislumbrar por primera vez cierto interés por la historia local cordobesa, donde nos da una interesante y completa descripción de los restos de la ciudad califal y de los monumentos más significativos de su entorno, como los puentes, desmontados para la construcción del monasterio, y el propio acueducto de Valdepuentes²⁵. La regularidad y geometría de los restos observados y su fábrica de gran aparejo llevaron, sin embargo, al que fuera cronista de Felipe II, a confundir los restos de la ciudad creada por Abad al-Rahmán III con el asiento de la Córdoba romana fundada por Claudio Marcelo a mediados del siglo II a. C.



Capítulo XXXIX dedicado a Córdoba, en el tomo X de su obra *Las antigüedades de las ciudades de España*, pp. 1-88

²⁵ Vid. MORALES, Ambrosio de, *Las antigüedades de las ciudades de España*, tomo X, 1792, pp. 31-42. (Biblioteca virtual de Andalucía. Ejemplar en el Archivo Histórico Provincial de Granada, Colección Biblioteca Auxiliar del Archivo Provincial de Granada, Signatura: 2-9).

La atribución romana del lugar la explica Ambrosio de Morales mediante la existencia de dos lugares para esta ciudad. Sobre la situación de los mismos dice lo siguiente:

“... uno donde está, y otro despoblado a una legua de allí, cerca del monesterio de San Gerónimo, que llaman Córdoba la vieja: no se puede entender en cuál destos dos sitios estuvo la Ciudad antigua, hasta esté tiempo en que Marcelo la edificó. Yo creo cierto que estaba hasta Marcelo en el sitio en que agora está, y que Marcelo la mudo al otro de Córdoba la vieja, lo cuál se parecerá adelante quando en su propio lugar lo mostraremos. (...) como lo que hizo Marcelo fue, que hallando Córdoba edificada de muy antiguo, aunque no muy principal ciudad en edificios y población, la quiso edificar de nuevo tan sumptuosa y de tanta majestad, que fuesse capaz de la grandeza soberana, que poco después vino a tener”²⁶.

Las razones que esgrime para que Marcelo construyese en dicho lugar la ciudad de Córdoba son, entre otras, su disposición regular, de la que estudia pormenorizadamente sus medidas, así como el sistema de calzadas y acueductos que surcan el territorio circundante. Sobre la primera dice:

“... todo el sitio es perfectamente quadrado, así que se vee, como lo escuadraron por cordel con mucho cuydado. Tras esto es de mucha consideración ver; como el quadrado se tomo al tanto con grande igualdad. Porque yo he medido todo el sitio con cordel, y hallando por la frente dos mil y quatrocientos pies, hallé por el lado á lo largo quatro mil y ochocientos. Así venia á tener toda la ciudad por lo largo dos mil y quatrocientos pasos de íos comunes de á dos pies, y por ; lo ancho mil y doscientos. Y si alguno le pareciese pequeño este sitio, para tanta grandeza y majestad como la que Córdova luego tuvo (...) es verdad, que nunca los romanos en España edificaron grandes ciudades sino harto pequeñas”²⁷.

²⁶ *Ibíd.*, pág. 31.

²⁷ *Ibíd.*, pág. 32.

Al describir también la muralla y torres del recinto, resaltando la perfección del sistema constructivo, justifica igualmente su procedencia romana señalando sobre sus medidas lo siguiente:

“... tan justas y cuydadasas son de verdaderamente de fábrica romana y no de nuestros andaluces, que no tenían entonces estos primores, ni advertencias en el edificar; (...) Y todo parece obra de Marcelo que con el mucho ocio, que este año acá tuvo, podía entender en esto, y con el amor de su obra la quería muy hermosa y perfecta”²⁸.

Ambrosio de Morales explica igualmente su despoblamiento y su traslado al lugar donde realmente fue fundada por los romanos. Según él no se despoblaría por falta de agua, como comúnmente se creía, ya que en dicho lugar “hay hartas fuentes y manantiales, y así las vemos al derredor por lo baxo con tanta abundancia de agua, que no se puede pensar en falta della”. Serían, por tanto, otras causas, entre las que cita: “la incomodidad y malicia del sitio que era mal sano”; “no la podían tocar los vientos septentrionales que en todas partes son tenidos por los mejores para la salud”; “tampoco era aquel sitio fuerte, sino muy flaco y sin defensa alguna”; “tenia también aquel sitio otra grande incomodidad en estar una legua del rio” y “podríase muy bien pensar que sucedió venir alguna gran pestilencia”²⁹.

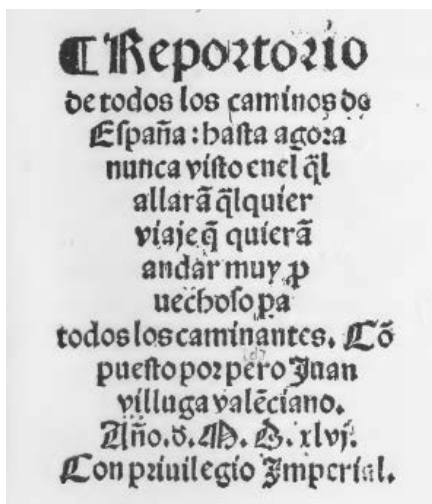
Es precisamente al referirse a los arroyos que surten de agua Córdoba la Vieja, como eran “la fuente los Berros, con que se riega la huerta de los Frayles de San Gerónimo, llamada el Hontanar”, “el gran golpe de agua, y sale no á cien pasos de los muros desta ciudad antigua” o el caño que pasaba cubierto por la huerta de los jerónimos “con casi un muslo de agua”, cuando nos da noticias sobre el acueducto cuyas piedras fueron utilizadas para construir el monasterio de San Jerónimo. Según indica Ambrosio de Morales, el caño grueso que pasaba por las tierras del monasterio “lo llevaban á aquella ciudad por conducto de piedra, cuyo principio está agora en pie, y lo demás se ha consumido en las obras del Monasterio”³⁰.

²⁸ *Ibíd.*, pág. 33.

²⁹ *Ibíd.*, pp. 40-42.

³⁰ *Ibíd.*, 40-41.

La obra de Ambrosio de Morales, que es una excepción en su siglo en lo que a historia local se refiere, contribuyó a que durante todo el siglo XVI se mantuviese este error. A ello colaboró, sin duda, el propio topónimo de origen bajomedieval: Córdoba la Vieja, así como el que se hiciera mención en el itinerario de Villuga de mediados del siglo XVI de una venta situada en la Cañada Real, a la altura del yacimiento, denominado "Venta de los Romanos"³¹.



Repertorio de todos los caminos de España: hasta agora nunca vistos en que allará que cualquier viajero que quiera andar muy provechoso para todos los caminantes. Lo puesto por Pero Juan Villuga, valenciano. Año MDXLVI. Con privilegio imperial

Siglo XVII: Pedro Díaz de Rivas

Habrà que esperar a la aparición de la Compañía de Jesús, y por consiguiente a los años de la segunda mitad del siglo XVI y principios de la

³¹ Los repertorios de caminos, que aparecen en España en el siglo XVI, son una recopilación de viajes o itinerarios de unos lugares a otros indicando los pueblos, las ventas y los puentes por donde hay que pasar, así como las distancias entre los puntos del recorrido. Pedro Juan Villuga, como correo del Consejo de Estado, que fue creado por Carlos I en 1523, conoció perfectamente los caminos de España; ello le permitió a mediados del siglo XVI publicar los repertorios o itinerarios de diversos lugares de España, siendo su intención que sirvieran como guía de viajeros.

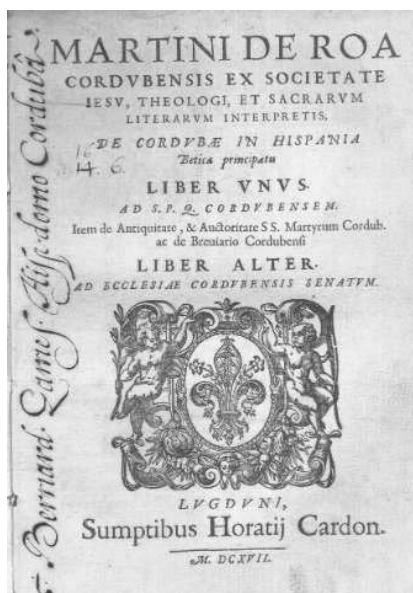
centuria siguiente, para que surjan de ella hombres que se preocupen de la historia y la cultura en las pequeñas ciudades donde se instalaba la Compañía. En este contexto hay que situar primeramente, al padre Martín de Roa (1563-1637), nacido en Córdoba y del que conocemos pocas noticias de los primeros años de su vida. Ingresó en la orden jesuita en 1578, después de haber sido educado en el colegio de la Compañía de Jesús de su ciudad natal, realizando estudios de Arte, Filosofía y Teología. Compaginó su labor de docente, como profesor de Retórica, catedrático de Escritura, orador y predicador de la Compañía de Jesús, con la de investigador, historiador, músico, poeta y escritor de asuntos profanos y divinos, obras de devoción, algunos *exempla* de nobles señoras y censura de obras impresas. Fue asimismo traductor del italiano, conocedor de las lenguas clásicas y de la hebraica, por lo que hoy día se le considera un miembro indiscutible del grupo de destacados intelectuales de su época³².

El padre Martín de Roa fue rector de los colegios de la Compañía de Jesús de Córdoba, Écija, Jerez de la Frontera, Málaga y Sevilla. Escribió obras sobre la historia de varias ciudades andaluzas, utilizando el latín en sus escritos realizados en el siglo XVI y el castellano predominantemente en los llevados a cabo en la centuria siguiente. Conoció a muchos escritores de su época, entre ellos, a Ambrosio de Morales, cronista de Felipe II; a Luis de Góngora, posiblemente compañeros en el mismo colegio de la Compañía; a Bernaldo José de Aldrete; al historiador y jesuita Juan de Mariana y a Rodrigo Caro, el cantor de las ruinas de Itálica. Con este erudito mantuvo una polémica sobre qué ciudad, Córdoba o Sevilla, debía ser tenida por cabeza de Andalucía.

Roa Francés, en sus escritos sobre Córdoba, parece que tenía la intención de escribir una historia de la ciudad que nunca llegó a salir a la luz, publicando tan solo la parte que abarcaba la fundación y la antigua historia de la ciudad en su opúsculo latino *De Cordubae in Hispania Betica principatu*, editado en 1617 y donde defendía la capitalidad de Córdoba. Rodrigo Caro en su obra *Antigüedades y Principado de la ilustrísima Ciudad de Sevilla. Y Chorographía de su Convento jurídico, o antigua*

³²Vid. al respecto MARTÍN PRADAS, Antonio y CARRASCO GÓMEZ, Inmaculada, "Datos biográficos inéditos sobre el padre Martín de Roa", *Actas del IV Congreso de Écija: Luis Vélez de Guevara y su época*, Écija, 1996, pp. 379-383.

Chancillería, publicada en 1634, intentaría desmontar sus argumentos para afirmar la supremacía de Sevilla. Ante esta situación, el cabildo de la ciudad de Córdoba solicitó a Roa que tradujese su obra latina para defender el derecho de Córdoba, resultando de ello un libro nuevo, más voluminoso y documentado que el original latino sobre el que se basaba, titulado *Antiguo Principado de Córdoba en la Hispania Ulterior, o Andaluz*, publicado en 1636. Rodrigo Caro no se conformó y escribió otro libro dando respuesta a lo dicho por Roa, que permaneció inédito hasta el siglo XIX. Posiblemente el padre Martín de Roa no llegó a tener noticia de ello porque falleció en Montilla en 1637. Junto a estas dos obras vinculadas directamente con la defensa de la supremacía de Córdoba frente al resto de ciudades andaluza³³, publicó con anterioridad, en 1615, su *Flos Sanctorum, fiestas y santos naturales de la ciudad de Córdoba*, obra de carácter piadoso.



De Cordubae in Hispania Betica principatu (1617)



Antiguo Principado de Córdoba en la España Ulterior o Andaluz (1636)

³³ Vid. sobre ellas el libro de GRAU JIMÉNEZ, Jorge (edic., trad. e introd.), *Martín de Córdoba. El Principado de Córdoba*, Córdoba, 2016.



Flos Sanctorum, fiestas y santos naturales de la ciudad de Córdoba (1615)

Además de las obras del padre Martín de Roa, considerado por sus contemporáneos como erudito y ponderado por la calidad de su estilo literario por autores posteriores, habría que citar un estudio de principios del siglo XVII, titulado *Memorias de la ciudad de Córdoba*. De autor anónimo y publicado en 1618, es una recopilación de curiosidades sobre diversos personajes de la ciudad. En todas ellas el tema que nos ocupa, referido a la identificación de Córdoba la Vieja con la ciudad califal de Madinat al-Zahra, no cambió respecto a la obra de Ambrosio de Morales.

Pero la labor del padre Martín de Roa, en cuanto a la historia local, tuvo un digno sucesor en su sobrino Pedro Díaz de Rivas (1587-1653), arqueólogo, epigrafista e historiador jesuita, así como hombre muy prolífico en letras, como lo demuestran sus composiciones poéticas, no en vano fue amigo de Luis de Góngora. Hijo de Andrés Díaz de Rivas y de Isabel de Roa, hermana del ya mencionado Martín de Roa, estudió en los jesuitas de Córdoba y tomó las órdenes menores. Debido al contacto con su tío se interesará por el estudio de la antigüedad de su patria chica, sin olvidar -como es lógico- la importante huella que en dicha rama del saber dejaron en Córdoba notables personajes como Ambrosio de Morales o Pablo de Céspedes, entre otros. En este sentido podemos considerar a Díaz de Rivas, junto a otros autores como Enrique Vaca de Alfaro, los continuadores de dicha tradición, que comenzaría a entrar en decadencia a partir de la segunda mitad del siglo XVII.

Sin embargo, su principal campo de investigación y estudio fue las antigüedades de la Bética, y especialmente las de Córdoba, como así lo demuestran las obras que publicó sobre esta temática. En este sentido, en 1625, emprendió su gran proyecto historiográfico: escribir una historia de Córdoba, aunque solo llegaría a publicar en 1627 la parte dedicada a la antigüedad, que se tituló *De las Antigüedades y excelencias de Cordova*, obra dividida en cinco partes: fundación, sitio antiguo, inscripciones romanas, dedicatorias, templo de Jano Augusto y monedas antiguas. Aunque esta obra le granjeó en su momento un gran prestigio en los circuitos eruditos por sus acertadas descripciones y sentido crítico, lo cierto es que por su reducida extensión no va más allá de las alabanzas a su ciudad, a las que incorpora material de Ambrosio de Morales y Martín de Roa sobre la fundación y situación de Córdoba la Vieja. Pero su aportación sobre este tema, respecto a los autores ya mencionados, significará un paso hacia delante para la verdadera identificación de Madinat al-Zahra.

Pedro Díaz de Rivas, que impugnará en su obra cada una de las razones que llevaron a Ambrosio de Morales a identificar Córdoba la Vieja con la ciudad romana de Corduua, acabará afirmando el carácter árabe -y no romano- de los restos allí encontrados. Dicho lugar lo asocia a un castillo construido por Abd al-Rahmán III próximo a Córdoba, aunque no lo identifica con Madinat al-Zahra, señalando a continuación las razones que le llevan a esa conclusión, como era –entre otras- la cantidad de restos romanos que había en la Córdoba actual, mientras que en el lugar de Córdoba la Vieja lo que se encontraban eran solamente vestigios árabes. Acaba también afirmando que esta no puede ser tampoco Saqunda, como parece deducirse de la *Historia General* del arzobispo don Rodrigo, para así rebatir una opinión que podía estar en contra de su discurso sobre Córdoba la Vieja³⁴. Al parecer, como ocurrió con Martín de Roa, tenía la intención de continuar la historia de la ciudad comenzada por su tío, desde su fundación hasta la época coetánea, aunque desgraciadamente la empresa jamás se llevó a cabo.

³⁴ Cfr. DÍAZ DE RIVAS, Pedro, *De las antigüedades y excelencias de Cordova*, libro primero, Córdoba, 1627, 10v-18v (Biblioteca virtual de Andalucía. Ejemplar en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia)



De las antigüedades y excelencias de Cordova (1627)

En estos años Andrés de Morales y Padilla está recopilando información con la intención, según nos dice el propio Martín de Roa, de realizar una historia de la ciudad de Córdoba, que será conocida como *Historia General de Córdoba*. Ambos personajes son contemporáneos, se conocían y frecuentaban los mismos ambientes culturales de la época. El manuscrito, que estará acabado hacia 1662, no llegó a Córdoba hasta 1716, si bien se habla de su hallazgo -como señala Casas Sánchez- en 1817 con una gran publicidad³⁵. Esta obra, dividida en cuatro tomos y de la que se ha discutido su verdadera autoría, ha sido recientemente publicada³⁶.

Otro autor que se ocupara igualmente de la historia de la ciudad de Córdoba fue Enrique Vaca de Alfaro (1635-1725) en una pequeña crónica, conocida como *Anales de Córdoba*, que comienza con la conquista de la ciudad por Fernando III y concluye en el año 1619, obra que después sería

³⁵ CASAS SÁNCHEZ, José Luis, *Estudio de la historiografía sobre Córdoba y provincia (1700-1936)*, Córdoba, 1992, pág. 34.

³⁶ CANO FERNÁNDEZ, Adelina y MILLÁN TORRES, Vicente (estudio introductorio), *Historia General de Córdoba de Andrés de Morales*, 2 tomos, Córdoba, 2005.

ampliada hasta 1689 por José Antonio Moreno Martín, quien en muchas ocasiones sustituye las referencias a la historia de Córdoba por la de España. De Vaca de Alfaro se conserva igualmente varios apuntes como proyecto de realización de una historia de Córdoba, que no llegó a realizar, así como una historia eclesiástica de Córdoba y su obispado, que no se llegó a editar y que posteriormente sería concluida por Juan Gómez Bravo³⁷.

El resto de obras escritas en esta centuria son sobre aspectos muy concretos de la historia de Córdoba, que, al igual que las anteriormente indicadas, no aportan nada nuevo sobre el tema al que hacemos referencia en este trabajo. El olvido de la época musulmana es una constante en determinados casos de la historiografía cordobesa. Será, por tanto, Pedro Díaz de Rivas -como hemos indicado anteriormente- el único que dentro de ella añade algo nuevo sobre Córdoba la Vieja y su identificación con Madinat al-Zahra.

Siglo XVIII: P. Francisco Ruano Girón

La tendencia de la historiografía local cordobesa en el siglo XVIII, con anterioridad a la influencia ilustrada, sigue siendo -como señala José Luis Casas- la admiración por el mundo antiguo, que se manifiesta desde el punto de vista ideológico en el deseo de conectar la historia de la ciudad con el mundo romano, anterior el islámico³⁸. Si a ello unimos el punto de inflexión existente en la vida intelectual de toda la nación, que de alguna manera repercute a nivel local, nos encontramos solamente con algunas figuras eruditas dignas de mención.

En primer lugar, en cuanto a lo que se refiere a investigación histórica, habría que mencionar la *España Sagrada* del padre Flórez, cuyos volúmenes X y XI contiene la historia eclesiástica de la ciudad de Córdoba desde los orígenes del cristianismo hasta el siglo IX. Otra obra -en este caso de carácter enciclopédico-, que contiene información respecto a la provincia de Córdoba, es el *Atlante Español* de Bernardo Espinalt y García, que dedica el tomo XI y parte del XII a Córdoba, destacando la ausencia de aportaciones históricas sobre la ciudad.

³⁷ Vid. al respecto CASAS SÁNCHEZ, José Luis, *op. cit.* pág. 183.

³⁸ *Ibíd.*, pág. 35.

En segundo lugar, habría que destacar a aquellos eruditos interesados en la historia de Córdoba. Es el caso de Bartolomé Sánchez de Feria (1719-1783), cuya obra *Palestra Sagrada o memorial de los Santos de Córdoba* (1771) es en cierto modo un plagio del *Flos Sanctorum* del padre Martín de Roa; o de Juan Gómez Bravo (1677-1744), cuya obra *Catálogo de los Obispos de Córdoba y breve noticia de su Iglesia Catedral y Obispado* (1778) es de cierto valor para la historia eclesiástica, pero que en cierta forma es -como se dijo anteriormente- una adaptación actual de la obra de Vaca de Alfaro³⁹.

Pero para el debate que a nosotros nos interesa hay que mencionar al padre Francisco Ruano (1704-1771), miembro de la Compañía de Jesús y única persona interesada en realizar una historia general de Córdoba. Será el Ayuntamiento de Córdoba quien le encargue el proyecto y por un espacio de más de treinta años se dedicó a recopilar material para ello, proveniente en su mayoría de los autores que venimos citando. En 1761 se publica el primer tomo de los tres que conformarían su *Historia General de Córdoba*, de la que Luis M^a Ramírez y de las Casas-Deza dijo que “aunque no de las más defectuosas, carece a veces de crítica, su estilo es de los más elegantes y no está libre de alguna que otra larga y prolija discusión propia para un Apéndice”⁴⁰.

El objetivo de esta obra, cuyo contenido no rebasa cronológicamente la época romana, era dar a conocer las glorias de la ciudad. Su primer tomo, que estaba dedicado a la presencia romana en la misma, prestaba especial atención a la fundación de la Córdoba y a demostrar su capitalidad en la Hispania Ulterior. Será en el primer tema, cuando trata de la localización de la ciudad romana, cuando entre en polémica con la teoría de Ambrosio de Morales. En este sentido, Francisco Ruano en el capítulo VI de su libro, titulado “Del sitio, en que fue amplificada Cordoba” sigue la línea marcada por Pedro Díaz de Rivas, refutando la teoría del cronista de Felipe II con los mismos argumentos de este⁴¹.

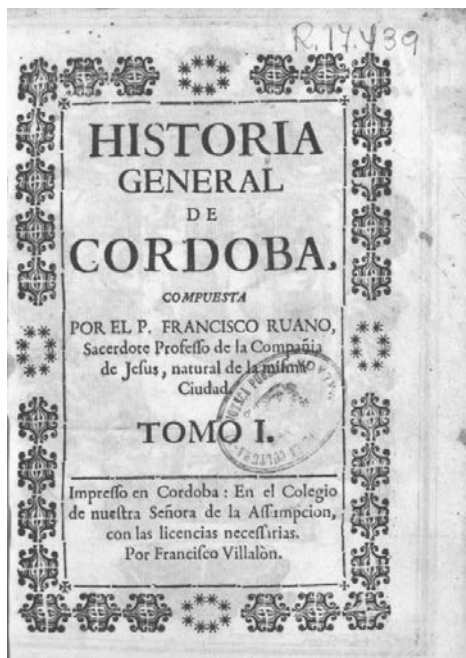
³⁹ Vid. al respecto CANO FERNÁNDEZ, Adelina y MILLÁN TORRES, Vicente, I, *op. cit.*, pp. 33-34.

⁴⁰ RAMÍREZ Y DE LAS CASAS-DEZA, Luis M^a., *Anales de la ciudad de Córdoba. Desde el siglo XIII y año 1230 en que fue conquistada por el Santo Rey D. Fernando III, hasta el de 1850*, Córdoba, 1948, pág. 9.

⁴¹ RUANO, Francisco, *Historia General de Córdoba*, tomo I, Córdoba, 1760, pp. 58-65.

Los otros dos tomos, que no llegaron a publicarse, permanecieron manuscritos. En el segundo, una vez fijados los límites del convento jurídico de Córdoba, se centró en identificar las ciudades citadas por Plinio; mientras que en el tercero se dedicó a ensalzar las glorias de los hijos nacidos en Córdoba, limitándose prácticamente a la familia de los Séneca⁴².

La expulsión de los jesuitas de España, acaecida en 1767, y la enfermedad que le ocasionó su muerte en 1771, paralizarían el proyecto, no sin antes intentar que alguien lo continuara. Fue el caso de Francisco Sánchez de Feria, que cesaría en su empeño al ser nombrado por el cabildo municipal José Vázquez Venegas como la persona idónea para esta empresa, quien fue incapaz de llevar a cabo esta labor, por lo que a su muerte todo el material del padre Ruano se perdió o se dispersó⁴³.



Historia General de Córdoba por el P. Francisco Ruano, tomo I, impresa en Córdoba, en el Colegio de Nuestra Señora de la Assumpcion, en 1761 (Biblioteca Provincial de Málaga. Biblioteca virtual de Andalucía)

⁴² Vid. CASAS SÁNCHEZ, José Luis, *op. cit.*, pp. 35-36.

⁴³ Cfr. CANO FERNÁNDEZ, Adelina y MILLÁN TORRES, Vicente, I, *op. cit.*, pág.34.

En esta panorámica general de la historiografía local cordobesa está presente el debate sobre las ruinas de Córdoba la Vieja. Por un lado, el agustino Enrique Flórez, en su *España Sagrada*, se hace eco de esta polémica y se decanta por la teoría de Pedro Díaz de Rivas. Por otro, Bartolomé Sánchez de Feria situó en este lugar el monasterio mozárabe de Cuteclara, del que se desconocía su ubicación. Sin embargo, la tesis de Pedro Díaz de Rivas se irá imponiendo y será sostenida también por el ya mencionado P. Francisco Ruano en su obra *Historia General de Córdoba* (1761), así como por viajeros como Antonio Ponz Piquer, historiador ilustrado y pintor (1725-1792). Este, que por encargo de Campomanes realizará -recién expulsada la Compañía de Jesús- un viaje por España, cuyas impresiones fueron publicadas en su libro *Viaje de España* en 18 volúmenes en forma epistolar a partir de 1772⁴⁴, se referirá a las ruinas existentes en Córdoba la Vieja con las siguientes palabras: "son de algún palacio o casa de delicias de los reyes árabes".

La polémica, por tanto, en el siglo XVIII no estaba aún cerrada. Seguían coexistiendo diversas teorías sobre la identificación de Córdoba la Vieja, si bien tomaba más cuerpo la tesis formulada en el siglo XVII por Pedro Díaz de Rivas. Sin embargo, las ruinas existentes en Córdoba la Vieja, aunque admitidas como del período islámico, aún no estaban identificadas con la antigua ciudad califal de Madinat al-Zahra. Será en el siglo XIX, como veremos a continuación, cuando dicha polémica llegará a su fin.

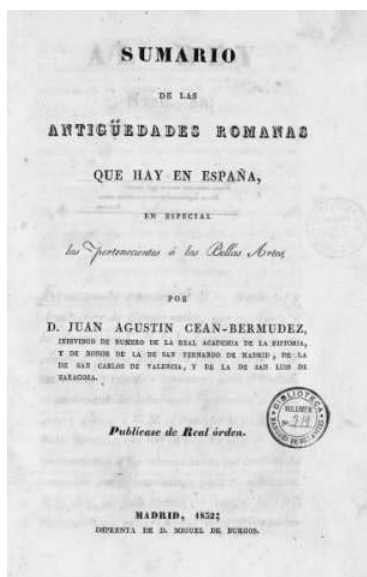
LA RECUPERACIÓN DEL NOMBRE DE MADINAT AL-ZAHRA

Será en la centuria decimonónica cuando de nuevo Córdoba la Vieja volverá a ser Madinat al-Zahra. Y ello se debe, sin duda, a la figura de Pedro de Madrazo, quien será el primero -como veremos a continuación- que identificará las ruinas de Córdoba la Vieja con la espléndida ciudad palatina de Abd al-Rahmán III

⁴⁴ Antonio Ponz en estos viajes por España no solo realiza un inventario de monumentos y un informe documental sobre la conservación del patrimonio artístico epigráfico, pictórico, escultural y de arquitectura y otras obras de arte que contempló en el curso del mismo, sino una descripción de las mismas desde un punto de vista fuertemente influido por la Ilustración y el Neoclasicismo y una visión mucho más amplia que abarca los múltiples aspectos de la realidad social del país en esos momentos.

Siglo XIX: Pedro de Madrazo

El siglo XIX, que fue un período histórico de grandes cambios, introdujo en España nuevas modas y diferentes sensibilidades, que se irán extendiendo por todas las ciudades y que llevarán a los eruditos locales a un intento por redescubrir la historia, tomando como punto de referencia las fuentes documentales y artísticas, siguiendo en este sentido las corrientes positivistas. Estas nuevas modas, que se alejan de la admiración por el mundo clásico, imperante hasta este momento en la historiografía, se enmarcan dentro de un renacimiento de lo oriental y exótico, que en el caso de España se reconoce haberlo heredado de su pasado histórico, que había quedado en el olvido.



Juan Agustín Ceán Bermúdez (1749-1829), autor del libro *Sumario de las antigüedades que hay en España, en especial las referentes a las Bellas Artes*, publicado en 1832

Este es el momento en el que las técnicas históricas dan un salto respecto a las usadas en las centurias pasadas y, gracias a ellas, Córdoba la Vieja comienza a ser Madinat al-Zahra. El primero que apuesta por esta teoría fue Juan Agustín Ceán Bermúdez (1749-1829), pintor, historiador, coleccionista y crítico de arte ilustrado nacido en Gijón en 1749. Este du-

rante su tercera estancia en Sevilla en los primeros años del siglo XIX se aficionaría a las antigüedades, especialmente las ruinas de ciudades, lo que le llevaría, gracias a los textos de los cronistas árabes, a identificar las ruinas de Córdoba la Vieja con la ciudad palatina que Abd al-Rahmán III mandó construir próxima a Córdoba. Así lo recogerá en una publicación póstuma publicada en Madrid en 1832, titulada *Sumario de las antigüedades que hay en España, en especial las referentes a las Bellas Artes*.

Aunque esta constatación literaria no irá acompañada de su recuperación física, Ceán Bermúdez nos indica claramente que Córdoba la Vieja es la ciudad de Zahara construida por Abd. al-Ramán III. Al referirse en su *Sumario* a la provincia Bética mencionan las ruinas existentes en Córdoba la Vieja y sobre ellas nos dice lo siguiente:

“... despoblado distante una legua de la que impropriadamente llaman nueva, siendo mas antigua que la otra. Ambrosio de Morales pretende probar que Marcelo trasladó la población de Córdoba al dicho despoblado, y que permaneció en él hasta el imperio de Dioclesiano y Maximiano, en que volvió á su primitivo sitio. Pero el P. Martín de Roa, el P. Ruano y el P. M. Florez son de parecer que Córdoba nunca mudó de lugar, fundándose en lo que dijeron Estrabon y Plinio acerca de su situación.

Mas, ¿á qué pueblo antiguo pertenecen las grandes ruinas que subsisten en Córdoba la vieja? No constando en los geógrafos del tiempo de la dominación romana, de ninguno de aquella época, en las inmediaciones de Córdoba, y cuando las mismas ruinas manifiestan el gusto y modo de construir de los árabes, no debe haber duda de que lo son de una ciudad llamada Zahara, que el analista, moro, Xakiki afirma haber mandado construir Abderramán III cerca de su corte, en un sitio que frecuentaba para su recreación. (...). Ruinas que no pertenecen al objeto de este Sumario, pero de que es preciso hacer aquí mención para demostrar á los anticuarios, y á los profesores y aficionados á las bellas artes, que no son romanas, y para deshacer la equivocación de Morales”⁴⁵.

⁴⁵ CEÁN BERMÚDEZ, Juan Agustín, *Sumario de las antigüedades que hay en España, en especial las referentes a las Bellas Artes*, Madrid, 1832, pp. 361-362.

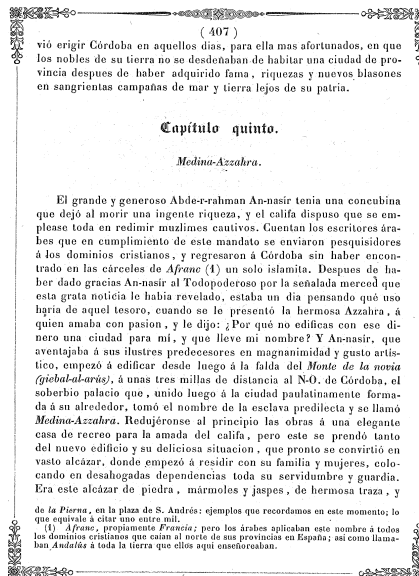
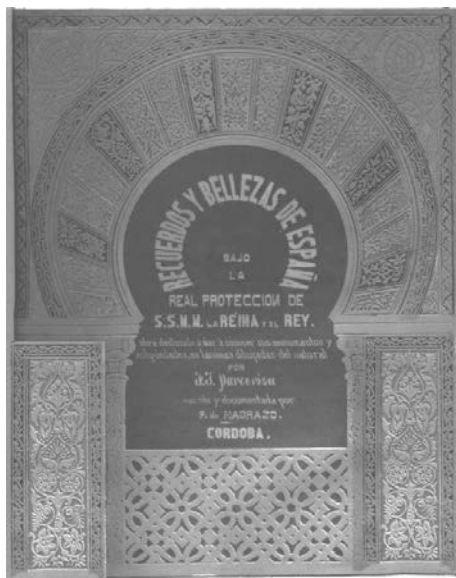
Será, por tanto, la imaginación romántica unida a la utilización de los textos árabes, gracias a la traducción de uno de los autores importantes para el conocimiento de la ciudad, como fue al-Maqqari, las claves para la identificación y la recuperación de la memoria histórica sobre la fundación califal. A mediados del siglo XIX se echará por tierra definitivamente todas las teorías que habían enturbiado la identidad del lugar. La persona que lo hará será Pedro de Madrazo, pintor, escritor, historiador, arqueólogo y crítico de arte nacido en Roma en el año 1816, cuya idea plenamente romántica de la arqueología estaba siempre presente en sus trabajos, dedicando una gran parte de sus investigaciones al estudio de las artes y los monumentos de la Edad Media.



Retrato de Pedro de Madrazo y Kuntz por J. Laurent. Fotografía en papel de albúmina; álbum de retratos de Hartzenbusch. Biblioteca Nacional de España

Pedro de Madrazo en la visita que hizo a Córdoba a mediados de la centuria decimonónica para recoger material para su libro *Recuerdos y bellezas de España*, conjunto de diez volúmenes editados entre 1839 y 1865 que ejemplifican el romanticismo arqueológico y medieval originado con especial fuerza en la Cataluña del segundo cuarto del siglo XIX, no dudó en afirmar que aquellas ruinas eran Madinat al-Zahra. En el volumen destinado a Córdoba, el octavo de la colección, que fue publicado en 1855, dedica el capítulo quinto a la ciudad califal, con el nombre de Medina Azzahra, insistiendo y demostrando con los materiales recogidos

en la identificación de dichas ruinas de Córdoba la Vieja con la ciudad fundada por Abd al-Rahmán III⁴⁶.



MADRAZO, Pedro de, *Recuerdos y bellezas de España*, Córdoba, 1855, pág. 407

Madrazo consiguió que el gobierno se implicase en la recuperación de la ciudad palatina y logró el libramiento de una partida de dinero para las excavaciones bajo su supervisión y la de Pascual de Gayangos, erudito historiador, arabista y bibliófilo español. Dicha excavación, realizada en 1854 y guiada más por la curiosidad romántica de confirmar el lugar como el verdadero asiento de la ciudad de Madinat al-Zahra que por un interés científico que permitiera garantizar la continuidad de los trabajos no obtuvo grandes resultados, al descubrirse tan solo algunos cimientos y elementos decorativos, por los problemas surgidos con el propietario de los terrenos⁴⁷.

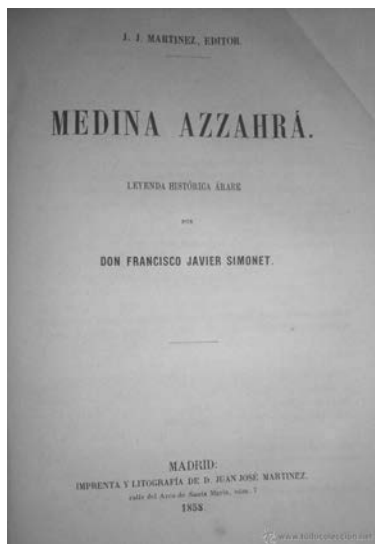
⁴⁶ MADRAZO Y KUNTZ, Pedro de, *Recuerdos y bellezas de España*, Córdoba, 1855, pp. 407-426.

⁴⁷ A esta excavación se refiere también CASTEJÓN Y MARTÍNEZ DE ARI-ZALA, Rafael en "Un primer centenario de excavaciones en Medina Al-Zahra", *B.R.A.C.*, 71, 1954, pp. 108-311.

Unos años después, concretamente en 1858, el arabista Francisco Javier Simonet y Baca publica sus *Leyendas Históricas Árabes*, con prólogo de Pedro de Madrazo. Una de ellas está dedicada a Medina Azzahrá⁴⁸, siendo este autor quien más contribuye en estos momentos al conocimiento y difusión de la antigua ciudad creada por el califa Abd al-Rahmán III, quedando ya definitivamente identificada. A partir de este momento las ruinas de esta ciudad no volverán más a mencionarse como Córdoba la Vieja.



Francisco Javier Simonet, retratado por su sobrino Enrique Simonet



Leyendas Históricas Árabes: Medina Azzahrá por don Francisco Javier Simonet

La identificación de las ruinas de Córdoba la Vieja con la ciudad califal de Madinat al-Zahra comenzará a verse reflejada en la historiografía local del siglo XIX, que se enmarca ya dentro de las nuevas corrientes metodológicas. En este sentido, al primero que habría que mencionar al intentar realizar una historia de Córdoba, sería a Luis María Ramírez y de las Casas Deza (1802-1874). Su *Indicador cordobés*, publicado en 1837, calificado por López Ontiveros como “síntesis lograda de historia, geo-

⁴⁸ SIMONET Y BACA, Francisco Javier, *Leyendas Históricas Árabes*, Madrid, 1858, pp. 342-480.

grafía y arte de Córdoba capital” o como “excelente corografía de la capital”⁴⁹, es un intento de desarrollar una historia local desde el punto de vista artístico, ya que tan solo sus dos primeros capítulos -y con importantes lagunas- están dedicados propiamente a la historia. En este sentido, cabe señalar que probablemente sea uno de los primeros autores en conceder importancia al pasado musulmán de la ciudad cordobesa⁵⁰, si bien se centra más en hacer un recorrido por todos aquellos monumentos de los que se había tratado poco con anterioridad⁵¹.

Sin embargo, sus *Anales de la Ciudad de Córdoba*, terminados en 1865 y conservados en manuscrito hasta 1948 en que los publicó la Real Academia de Córdoba, son un intento por elaborar una historia local -partiendo de la época bajomedieval- de forma más o menos científica, labor que ya habían realizado otros autores con anterioridad, si bien aún identifica la historia con la narración de hechos gloriosos y notables, debido quizás a “que su dedicación a la historia es más vocacional que profesional, puesto que en realidad era médico, aunque acabara desempeñando la cátedra de Geografía e Historia en el Instituto de la ciudad”⁵².

Otro representante de la historiografía local de esta época es Teodomiro Ramírez de Arellano y Gutiérrez, quien en sus *Paseos por Córdoba* (1873-1875), según indica el propio autor en su prólogo, no intenta hacer una historia de Córdoba ni pretende que sea un mero anecdotario local, por lo que se puede englobar dentro de la literatura de viajes. Su obra en este sentido no hace referencia alguna a las fuentes utilizadas, aunque el autor advierta en dicho prólogo que para su elaboración ha realizado una importante labor de documentación⁵³. La antigüedad monumental tam-

⁴⁹ LÓPEZ ONTIVEROS, Antonio, “Estudio introductorio” a la *Corografía histórico-estadística...* de Luis M^a. Ramírez de las Casas-Deza, Córdoba, 1986, pág. LXVII.

⁵⁰ Vid. al respecto CASAS SÁNCHEZ, José Luis, *op. cit.*, pp. 36-37.

⁵¹ RAMÍREZ Y DE LAS CASAS-DEZA, Luis M^a., *Indicador cordobés. Manual Histórico Topográfico de la ciudad de Córdoba*, León, 1976 (hecha a partir de la cuarta edición realizada en 1867), pp. 68-72. En estas páginas hace referencia a Madinat al-Zahra, basándose para su descripción en textos de Ambrosio de Morales y Pedro Díaz de Rivas. No menciona, sin embargo, a Pedro de Madrazo, que en 1855 ya había identificado plenamente las ruinas de Córdoba la Vieja con Madinat al-Zahra.

⁵² *Ibíd.*, pág. 39.

⁵³ RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por Córdoba, ó sean apuntes para su Historia*, Córdoba, 1973 (2ª edición), pp. 15-16.

bién está presente en otros grandes investigadores, como Rafael Romero Barros (1835-1895) en su obra *Córdoba Monumental y Artística* (1884), que es un panegírico a la ciudad, dedicado casi exclusivamente al período musulmán⁵⁴.

Pero el único erudito local interesado en dar a conocer la historia de la ciudad en una visión global, al margen del intento de Francisco de Borja Pavón, será Luis Maraver y Alfaro (1815-1886) con su *Historia de Córdoba desde los más remotos tiempos hasta nuestros días*, editada en tres tomos: el primero, publicado en 1863, está dedicado a la historia antigua de la ciudad y abarca hasta el final del reino visigodo; el segundo, editado en 1866, está dedicado íntegramente al período musulmán, aunque ni siquiera llega al califato de Córdoba; y el tercero, publicado en 1867, se ocupa de la historia de la ciudad a partir de la reconquista⁵⁵. Esta obra, que tiene grandes deficiencias por sus carencias técnicas, por el carácter incompleto de su proyecto, ya que no aporta casi nada, y por los desatinos históricos que contiene, se enmarca dentro del Romanticismo tardío, aunque sigue un esquema similar a la *Historia General de Córdoba* de Andrés de Morales. Sesenta años después, aunque ya sus detractores criticaron el estilo empleado, fue desprestigiada por Rafael Ramírez de Arellano, que le acusó de seguir a Ruano para la época romana y al arabista Dozy para el período musulmán⁵⁶.

Rafael Ramírez de Arellano poco tiempo después publicó su *Historia de Córdoba, desde su fundación hasta la muerte de Isabel la Católica* (1915), obra de gran erudición y envergadura, en la que indica que los anteriores intentos son poco históricos y solamente la obra de Morales la considera puramente histórica como la suya.

Principios del siglo XX

Pero habrá que esperar a los inicios del siglo XX para que la historia de la recuperación de Madinat al-Zahra o ciudad brillante comience a

⁵⁴ Vid. CANO FERNÁNDEZ, Adelina y MILLÁN TORRES, Vicente, I, *op. cit.*, pp. 35-36.

⁵⁵ Vid. sobre esta obra CASAS SÁNCHEZ, José Luis, *op. cit.*, pp. 39-40.

⁵⁶ Vid. CANO FERNÁNDEZ, Adelina y MILLÁN TORRES, Vicente, I, *op. cit.*, pág. 36

hacerse efectiva. Y ello tendrá lugar cuando llegue al gobierno de la nación ese clima de revitalización existente en esos años y se comprometa a iniciar una campaña de excavaciones dirigidas por Velázquez Bosco, quien hasta hacía poco era el responsable de la restauración de la Alhambra, que durarán hasta el año 1923. Aunque Velázquez Bosco falleció sin realizar la memoria de sus trabajos, hasta nosotros ha llegado importante material de esa época que se la considera como el inicio de la recuperación de Madinat al-Zahra⁵⁷.

A partir de este momento, y a lo largo de todo el siglo XX, se llevarán a cabo una serie de excavaciones y de recomposición de materiales que pondrán en valor las antiguas ruinas que durante muchos siglos se conocieron como Córdoba la Vieja. Esta nueva etapa, que tendrá sus nombres propios (Félix Hernández, Rafael Manzano, Manuel Ocaña, Antonio Vallejo, el restaurador Salvador Escobar, entre otros), comienza con la protección otorgada como Monumento Histórico Nacional en 1923 y finalizará con su declaración como Patrimonio Mundial en julio de 2018. A ella se referirá precisamente Antonio Vallejo Triano en el siguiente capítulo de este libro.

⁵⁷ VELÁZQUEZ BOSCO, Ricardo, *Medina Azzahra y Alamiriya*, Madrid, 1912.

La fundación de Madinat al-Zahra está asociada a la autoproclamación como califa de Abd al-Rahman al-Nasir (Abd al-Rahman III) y abrió uno de los periodos más brillantes en la historia de al-Andalus. Su concepción se enmarca en el contexto de la construcción de grandes ciudades capitales por parte de los diferentes Estados islámicos del momento y, por tanto, como la máxima expresión urbanística del califato omeya en competencia con el califato fatimí rival, cuyo surgimiento y expansión por la zona del actual Magreb en las primeras décadas del s. X eran vistos como una seria amenaza para la supervivencia de la dinastía omeya.

Fuente: Vallejo Triano, Antonio, “Apuntes sobre la historia y la arqueología de Madinat al-Zahra”, en *La ciudad y sus legados históricos (III). Madinat al-Zahra. Patrimonio de la Humanidad*, Córdoba, 2019, pp. 72-73.

Madinat al-Zahra constituye un capítulo esencial de la historia de Qurtuba, considerada esta como el símbolo de una edad de oro de nuestra ciudad. Si durante la época califal Córdoba alcanza un notable apogeo, dentro de ella brilla con luz propia los años en los que dicha ciudad fue el centro del mismo. Sus vestigios, junto a la Mezquita Aljama cordobesa, son un claro testimonio de ese glorioso legado islámico.

Fuente: Escobar Camacho, José Manuel, “Madinat al-Zahra en la historiografía local cordobesa”, en *La ciudad y sus legados históricos (III). Madinat al-Zahra. Patrimonio de la Humanidad*, Córdoba, 2019, p. 163.

